

Ese material, encabezado por el Loco Chaves, estaba mechado de guiños y metamensajes fácilmente descifrables para la cultura de nuestro país, pero también podía ser compartido, aunque con diferente profundidad, por los de «afuera».

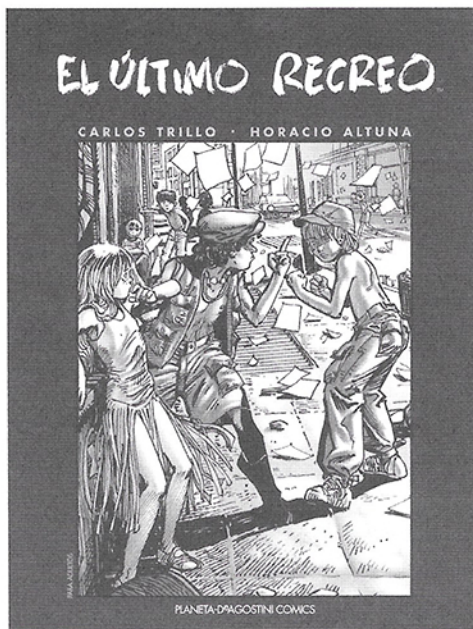
El Loco Chaves arrancó en vena barrial, aunque casi surrealista, para luego devenir con el paso de los años en las peripecias costumbristas de un periodista, la relación con su «jefe», las conexiones fundamentales con los amigos (donde aparecían sucesivamente amigos reales de la dupla Altuna/Trillo), y básicamente las mujeres, las hembras, las minas. Y cual gema refulgente emergiendo de un montículo de vidrio molido de alta calidad, la infartante Pampita.

Altuna había aprendido la lección del maestro Milton Caniff, pero también la de Divito, un dibujante argentino de éxito descomunal en la época de los cincuenta, que vendía 450.000 ejemplares semanales de su revista *Rico Tipo*. Ambos habían creado un tipo específico y reconocible de «chica». Las mujeres de Caniff eran fácilmente reconocibles tras una rápida mirada, y lo mismo ocurría con las «chicas» de Divito, sin olvidar la influencia que tuvo en la moda tanto de mujeres como

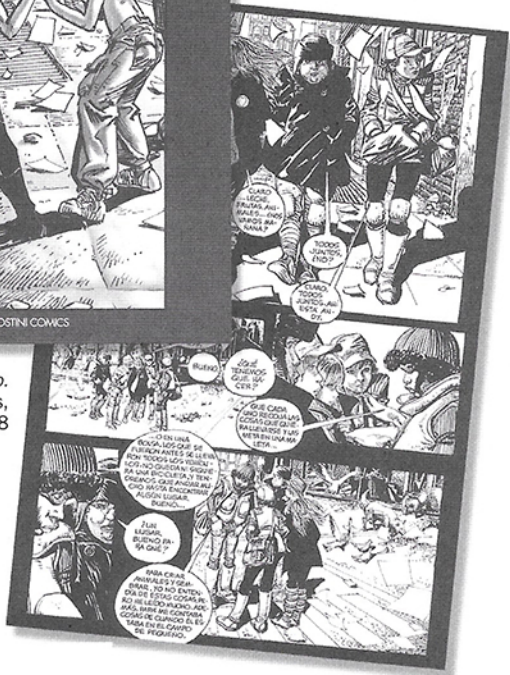
de hombres. Todos querían verse como personajes de Divito, o como el mismísimo Divito, que al fin y al cabo se había convertido en auténtico *playboy*, y hasta pudo darse el lujo de morir estrellado con su auto descapotable

de color rojo en una solitaria carretera de Río de Janeiro.

Y la «chica Altuna» fue la morena Pampita. Además de un sinnúmero de bellas mujeres que, más allá de rubias o pelirrojas, siempre remitían a un canon de belleza



El último recreo.
Planeta DeAgostini Comics,
1998



que se había formado en la cabeza de su autor (o que la cabeza de Altuna había construido, obsesiones mediante) y que era transmitido limpiamente al público para su tranquilidad, para su regocijo, para que luego de dar un vistazo a la tira, musitara entre dientes: aquí está, es ella...

Vale aclarar que éstas son observaciones de mi época de lector, ya que por entonces yo no dibujaba. O sea, que estaba en la privilegiada situación químicamente pura de mero consumidor y espectador de este tipo de fenómenos de comunicación a través de imágenes y textos. No interfería la similitud de nuestra profesión, la competencia, el trato personal, la simpatía, la amistad, etc.

Continúa en pág. siguiente

Recorte de viñeta extraída del álbum:
El último recreo
Planeta DeAgostini Comics, 1998



ALTUNA ©

EXPOSICIONES

23è SALÓ INTERNACIONAL DEL CÒMIC DE BARCELONA

LAS DEGENERACIONES DE HORACIO ALTUNA II

Pasaron algunos años, Altuna siguió publicando su Loco, pero ahora desde España, país donde se había radicado.

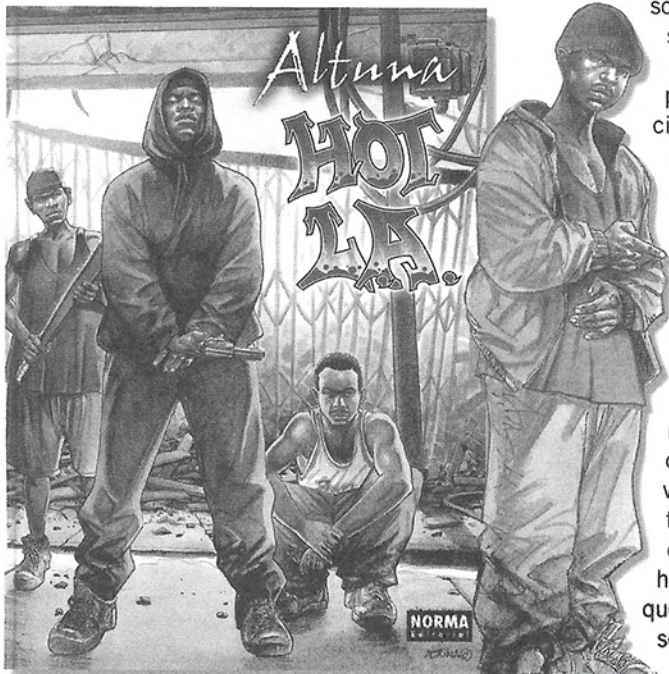
En los ochenta comienzo yo a publicar algunos dibujos en Buenos Aires y al fin conozco personalmente a Horacio en la redacción de la desaparecida revista Humor durante una de sus visitas.

de bestia inocente portadora de formas descomunales sin percatarse, de la Pampita del Loco, se hace más compleja, se pervierte en algunos casos con la excusa del erotismo, hasta llegar a niveles asombrosos, al menos para mí.

También la maestría de los enfoques de cada cuadro es llamativa por lo complicado del despliegue escenográfico, los detalles y objetos, y sobre todo, las posturas de los personajes. Son apuntes para poner una cámara y simplemente filmar, porque todo está armado con función cinematográfica y con cultura cinematográfica.

Cualquier dibujante norteamericano hubiera utilizado modelos vivos para aproximarse siquiera a este efecto, porque téngase en cuenta que Altuna no «deforma», no tiene la coartada de Jack Kirby de una estilización exagerada, de perspectiva alocada y geometría salvadora. No, él hace algo que si bien no es la realidad, es lo verosímil, y para que eso realmente funcione hay que tener una gran capacidad de observación, mucha habilidad y dominio de la figura. Hay que «ver» mucho. y, además, acordarse de lo que uno vio.

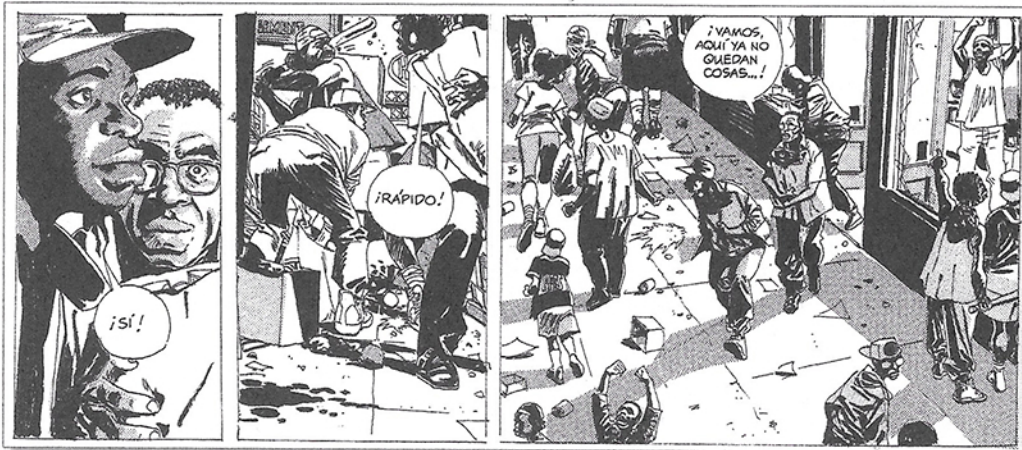
Era evidente que una hipertrofia en la capacidad de mirar, o de imaginar miradas, o de recomponer la experiencia de lo mirado para resignificarlo sin pudor en el momento de volcarlo en el papel se había apoderado de él; una especie de degeneración perceptiva que ahora era parte sustancial de su personalidad, más allá de su voluntad.



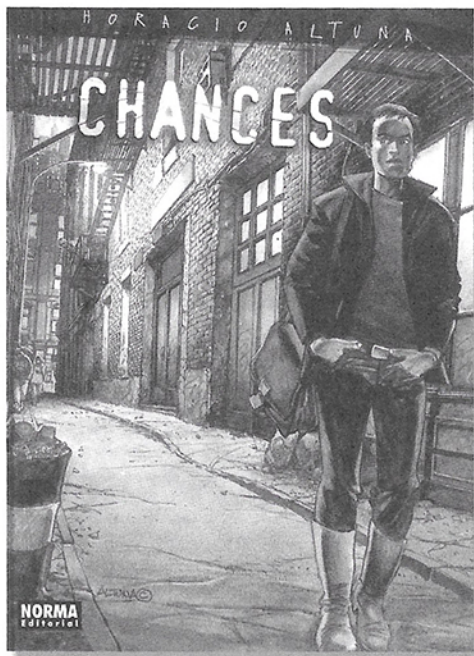
Hot L.A. (Cubierta y detalle de imagen interior)
Norma Editorial, 2000

Hay una simpatía mutua y comienzo a observar con más detenimiento el resto de la obra, particularmente las series que empieza a producir desde España y que llegan a varios países, incluida Argentina. El icono femenino casi naïf

Viñetas extraídas del álbum Hot L.A. Norma Editorial, 2000



Durante sus estancias en Buenos Aires solíamos sentarnos a platicar y mirar mujeres en algunos bares de la avenida Córdoba, donde más allá de lo ameno de la conversación yo observaba de forma disimulada pero cuidadosa el sistema de Altuna. Espiaba la forma en que miraba. Es sabido que los bares de la avenida Córdoba, particularmente en la zona cercana a la peatonal Florida, fueron hechos para eso, pero lo de Altuna era único. Nunca había visto a alguien utilizar los ojos a guisa de invisibles pedúnculos palpadores que, emergiendo de la ranura de



Chances. Norma Editorial, 2002

los párpados entrecerrados, llegaron hasta el objeto en cuestión, al *target*, y recorrieran la superficie de forma tan minuciosa como sabia, receptando el más ínfimo de los accidentes o reconociendo la más tersa superficie. Huelga decir que me estoy refiriendo al cuerpo femenino y no a la cabeza de un pelado.

La prueba final sobrevino una calurosa tarde de noviembre, mientras aguardábamos la luz verde del semáforo para cruzar la avenida después de una buena charla en el bar de Maipú. Había varias personas ubicadas delante de nosotros

esperando lo mismo, viejas, niños, pero se destacaba nítidamente la colosal silueta de una joven de pelo negro y corto, blusa blanca, falda también corta, negra, muy ajustada. Miré con el rabllo del ojo y no pude disimular mi inquietud al ver que los párpados de Horacio se entrecerraban en profesional rutina y él apuntaba la mirada hacia la muchacha.

Quizá fuera la reverberación de la luz solar despidiéndose del día antes de caer en brazos del atardecer, pero juro que vi un dedo invisible que recorría la espalda de la mu-

jer de arriba hacia abajo. ¡La tela blanca cedía ante una presión desconocida!

La joven se puso tiesa, se arqueó y levantó los brazos. Volvió lentamente el cuerpo y clavó sus ojos furibundos, bellos y sorprendidos, en la impasible cara de Horacio. Ahogada por la indignación, susurró en voz baja pero audible: «¡Degenerado...!»

Cruzamos la calle y hasta el día de hoy jamás volvimos a mencionar el incidente.

Carlos Nine

Familia tipo. Tira publicada en *El Periódico de Catalunya* del día 21 de abril de 2005



Biografía

Horacio Altuna

Dibujante y guionista. Córdoba (Argentina), 1941.

Sus inicios dentro del mundo del cómic se remontan al año 1965 en su Argentina natal, donde trabajó con guionistas de la talla de Oesterheld, Saccomano o Carlos Trillo (con el que creó una obra extensa y variada con títulos tan significativos en la historia del medio como *El nene Montanaro*, *Las puertitas del Sr. López*, *Charlie Moon* o *El último recreo*). En 1984 se instala en España donde desarrolla su obra más personal ilustrando sus propios guiones en diversas series: *Ficcionario*, *Time Out*, *Chances*, *Imaginario* o *Hot L.A.*, entre otras. Actualmente publica historias de corte erótico para la revista *Playboy* y una tira diaria para *El Periódico de Catalunya* titulada *Familia tipo*.